

VEO mucha gente desorientada en lo fundamental. «Malos tiempos corren cuando hay que enfatizar lo obvio.» Y son muchos los factores que han contribuido a ese estar perdido, desconcertado, sin hacer pie y sin tener unos referentes claros, coherentes, firmes,

EL HOMBRE SIN RUMBO

Por Enrique ROJAS

que buscar las claves, haciendo una labor de síntesis: quedarse con lo esencial, almacenarlo y tirar lo que estorba. Ese trabajo intelectual no

otorgándole la victoria a una mediocridad que se va imponiendo día a día.
6. El resumen de lo anterior termina en la de-

público surjan hombres de una pieza que alumbrén sin deslumbrar. Esta ausencia lleva a uniformar a masa en el peor sentido de la palabra,

VEO mucha gente desorientada en lo fundamental. «Malos tiempos corren cuando hay que enfatizar lo obvio.» Y son muchos los factores que han contribuido a ese estar perdido, desconcertado, sin hacer pie y sin tener unos referentes claros, coherentes, firmes, que empujen con fuerza a toda la existencia hacia delante, luchando por superar los obstáculos que se vayan presentando.

El que está perdido no sabe a dónde va. Y necesita irse encontrando, recuperar la dirección, el rumbo, la trayectoria por donde uno circula de la mejor manera posible. ¿Qué ha pasado en las últimas décadas en nuestra cultura para que esto se haya producido, cuáles son las claves que explican este fenómeno de perder el derrotero y no encontrar el trazado para dirigir la vida personal hacia buen puerto? Para mí las variables que se entremezclan para originar este hecho son las siguientes:

1. Los cambios vertiginosos operados en los últimos años en cuestiones esenciales. Hoy la vida va demasiado deprisa, pero no me refiero sólo a su ritmo, sino también a los ingredientes que se alojan dentro de ella. Hemos cambiado más en dos décadas que en un siglo. Los avances, la técnica, las modernas investigaciones han revolucionado las formas de vida. Asistimos al desgaste de los materiales sólidos con los que se edificaban las ideas y las creencias. Y que daban firmeza, plenitud y felicidad a la vida. «Todo arde en el mercado de la modernidad». Unas cosas quedan y dan fuego. Pero otras, desgraciadamente, se desvanecen y dejan al hombre huérfano de los principales valores.

2. Se ha ido produciendo últimamente una especie de «malversación de las palabras, que ha llevado al uso, abuso y falsificación de los conceptos primordiales». Hay toda una mani-

EL HOMBRE SIN RUMBO

Por Enrique ROJAS

que buscar las claves, haciendo una labor de síntesis: quedarse con lo esencial, almacenarlo y tirar lo que estorba. Ese trabajo intelectual no es fácil y requiere un cierto entrenamiento en la tarea de separar el trigo de la paja.

Repito, desbordamiento por saturación: ofuscación transitada de perplejidad y confusión. El sociólogo francés Pierre Bourdieu habla sobre ello en su reciente libro «Sobre la televisión» (1997). El paisaje mediático constituye hoy una amenaza para la sociedad. Son tantas las noticias, hechos e informaciones que recibimos, que nadamos en la abundancia, pero ¿para qué? ¿Necesitamos tanto para seguir funcionando? Es evidente que la información y, sobre todo, la privilegiada, significa poder. Pero tan mala es su carencia como su plétora. Hay que buscar la justa medida. Mantenerse informado sin perder el equilibrio psicológico, ya que ese mundo tiene sus propias leyes y constituye un microcosmos al que hay que saber asomarse, si no quiere uno caer primero en la ansiedad, después en una cierta reacción depresiva y, finalmente, perdido y sin saber a qué atenerse. Confuso a la hora de interpretar la vida y sus formas. Hipertrofia enfermiza que atiborra de mil cosas y que se desliza hacia una cierta indiferencia por saturación de contradicciones.

4. La presentación permanente de vidas conocidas sin mensaje interior. Aquí se lleva la palma la televisión. Da pena asistir al espectáculo permanente de los personajes que en ella aparecen: futbolistas (una y otra vez) las mo-

otorgándole la victoria a una mediocridad que se va imponiendo día a día.

6. El resumen de lo anterior termina en la desorientación moral. La moral es el arte de vivir con dignidad, como corresponde al ser humano. También la moral es el arte de usar de

forma correcta la libertad, poniendo en juego los mejores recursos de la naturaleza. La costumbre de poner sobre la mesa lo más positivo que uno tiene. Las costumbres hacen y deshacen al hombre. Lo elevan y lo bajan de nivel; refuerzan su libertad o la reducen. La moral es la estética de lo mejor. Julián Marías en su libro «Tratado de lo mejor» dice que se dirige hacia el bien, viviendo a fondo en la verdad: «Lo mismo es la meta de una utopía, mientras que lo mejor conecta con lo real».

Se descende así hacia lo que ha llamado Gilles Lipovetsky la ética indolora y lo que yo he denominado la moral light, tejida e hilvanada de una tetralogía disolvente y giratoria,

que acaba en el nihilismo: hedonismo-consumismo-permisividad-relativismo. Es la apoteosis de los escenarios. Es nihilista, en donde asistimos a una sociedad que ha perdido los puntos de referencia y se va imponiendo la fascinación por una tolerancia ilimitada (véase lo que sucede con la televisión, que está en la gran mayoría de los países europeos bajo mínimos). Una vez que han caído las ideologías globalizadoras, se mantienen unas exigencias morales muy básicas. De ahí transitamos hacia una desorientación moral al diluirse los crite-



Enrique Rojas
Catedrático